La Iglesia en el mundo

José Sols Lucia (ed.)

José Sols Lucia (ed.)

LA IGLESIA EN EL MUNDO

Actas del II Simposio UNIJES de Pensamiento Social Cristiano
«La Iglesia en el Mundo: la autonomía de la realidad a la luz de la fe.
En el cincuentenario de *Gaudium et spes* (1965-2015)»
IQS – ESADE (Universidad Ramon Llull)
Aristos Campus Mundus
Barcelona, 1-3 de julio de 2015

+claret
EDITORIAL

CONFERENCIA

El estado actual de la humanidad

MANUEL MONTOBBIO
Doctor en Ciencias Políticas
Diplomático
manuel.montobbio@yahoo.es

Decía Gabriel Celaya que la poesía es un arma cargada de futuro que te apunta al corazón. Tal vez no sea solo poesía –aunque también–, pero el título o enunciado de esta conferencia nos apunta al corazón, y a la razón y el alma; y está cargado de futuro. Impone respeto, y despierta cierto gusanillo de vértigo y responsabilidad: tal fue lo que sentí cuando mi amigo José Sols me invitó hace meses ya a prepararla, aunque la verdad es que el título o idea primera con la que me quedé fue la de que versara sobre los retos fundamentales de la humanidad. Retos fundamentales, estado actual: cuestiones entrelazadas, complementarias, caras de la misma moneda, que llevan la una a la otra. A la misma sensación al afrontarlas.

El estado actual de la humanidad. Permítanme antes que nada apuntar algunas cuestiones sobre la cuestión, a modo de consideración previa. Actual: implica que el estado de la humanidad no es permanente, sino sometido a evolución, la necesidad de un gran angular para captarlo. Actual, y al tiempo un punto en el siempre. Hablar, preguntar, intentar hacer una conferencia, dialogar o escribir sobre el estado actual de la humanidad supone por parte de los humanos una madurez, una conciencia de sí misma que ahora damos por evidente, pero que no estuvo ahí a lo largo de su evolución, en todos los estados actuales de la humanidad. No en todos se ha preguntado y reflexionado la humanidad sobre su estado. Decía María Zambrano que el hombre es el único ser que no solo padece la Historia, sino también la hace. Y que en ese hacer de la Historia radica su esencia, realiza su ser. Somos un ser que hace la Historia; y por ello, desde ello, en

ello la humanidad transforma su estado, se pregunta por él. Por ello su estado es actual, y prejuzga el futuro, hacia él se encamina y orienta. Y es ese sentido de la Historia, esa voluntad de hacerla, el que hace que nos preguntemos por el estado actual de la humanidad, que no nos resignemos a que éste sea su estado futuro. Soñamos que el futuro será mejor, que es un papel en blanco y está por escribir. Y queremos realizarlo, escribirlo, hacerlo presente. Ese sueño, esa pasión nos mueve.

¿Mejor? ¿Qué es mejor, o peor? La pregunta cargada de futuro, de presente y de siempre nos lleva a esta pregunta, y ésta nos lleva a otras. A las creencias y a las ideas que nos decía María Zambrano que mueven la Historia. Ideas que miran hacia el futuro y lo adelantan, luces cortas o largas con las que iluminar nuestro rostro en el espejo y el horizonte hacia delante y sus posibles caminos.

Nos lleva a otras preguntas, y con ello a otra consideración previa. Más allá del qué, el quién, el cómo, con qué intención. Qué sentido. Los de formular preguntas para contribuir, modesta y limitadamente, a la conversación colectiva, la gran conversación para la gran convergencia. Con la conciencia de que ni uno ni nadie puede formularlas ni responderlas todas, ni tiene sentido que así se lo plantee; pero también la de que en la pregunta está la respuesta, de que con un solo paso se inicia un camino de más de cien mil leguas, de que al andar se hace camino, y en el camino andamos. Con vocación mayéutica, no omnicomprensiva, de gota de agua en el río.

Estado o retos no constituyen, como decíamos, planteamientos necesariamente alternativos, una disyuntiva: la humanidad está en el estado de plantearse retos, a cada era le caracterizan sus preguntas, las luces largas que ha sabido encender en el tiempo y el espacio.

De la humanidad. Una humanidad que como nunca es consciente del origen y evolución del mundo y de la vida; y por ello afronta el reto de asumir que es ineludiblemente parte de ella, integrarse en ella, superar el conflicto. Que no es el hombre el dueño de la creación, sino el fruto más acabado de ésta, la realización de una posibilidad improbable. Que pudiera no haber sido, que pudiera y puede no ser, dejar de ser. Que la creación no es algo que sucedió en un momento, sino que sigue sucediendo, que somos al tiempo fruto y coautores de ella; y que el sentido

de la vida y de nuestro acontecer colectivo es seguir contribuyendo a la creación, a que lo que pueda ser sea, completarla, protegerla y disfrutarla.

Reto de asumir la unidad del Universo, de identificarnos con él. De ser Universo, y de ser en el Universo, para ser. Alegría y privilegio de haber nacido en una era en que los humanos sabemos cómo surgió, cómo ha evolucionado, cómo desde el Big Bang hemos llegado hasta aquí. Sabemos lo que nuestros antepasados nunca supieron ni imaginaron que pudiéramos llegar a saber. Pero sabemos también que no sabemos, que hay cosas que la inteligencia humana no puede llegar a saber, a captar, a descifrar. Sabemos cómo fue el Big Bang, mas no por qué ocurrió ni qué había antes de él. Sabemos cómo actúa la gravedad, mas no qué es. Ni la energía oscura o la materia oscura. No somos dioses, sino animales racionales. Un animal racional maravilloso, un prodigio de la creación, fruto y al tiempo coautor de ella. Pues si se desarrolla ésta en tres niveles, el físico-químico, el biológico y el humano, y puede el biológico contribuir en su evolución a la creación, es ésta ciega, inconsciente, mientras puede ser y es la humana voluntaria, consciente, deliberada, querida.

A la creación, y a la destrucción. Pues igualmente a diferencia de nuestros antepasados hemos desarrollado un poder de destrucción tal que el estado actual de la humanidad es aquel en que la humanidad puede destruir a la humanidad, acabar no solo consigo misma, sino con el planeta y la vida sobre él tal como la hemos conocido hasta ahora. No somos dioses, pero les hemos robado fuego, nos hemos dotado de la capacidad de crear, de contribuir a la creación como ningún otro ser en el Universo conocido, pero también de destruirla. No solo de suicidio colectivo, sino mucho más allá; pues con nosotros destruiríamos a tantas otras especies, tantos otros seres vivos que, sin nuestra capacidad de creación y destrucción, comparten con nosotros el deseo y el anhelo de la vida. No debemos caer en la tentación del aprendiz de brujo. No debemos jugar con fuego. Nuestra especial capacidad conlleva una especial responsabilidad. No solo frente a nosotros mismos, no solo la de supervivencia inherente a todo ser, sino frente a la vida y la creación, frente al Universo y los seres que lo habitan. Afrontamos el reto de asumirla y ejercerla. De dominar al aprendiz de brujo, poder sobre el poder, limitarlo y controlarlo, contribuir como

nunca a la creación en esta hora difícil. Reto de asumir nuestro espacio y nuestro tiempo. Espacio del Universo por el que viaja la nave espacial Tierra en la que estamos todos. Tiempo de nuestros hijos y nietos a quienes tendremos que entregar el puente de mando en condiciones de navegabilidad y navegación, del destino futuro hacia el que navegamos. Define ese reto nuestro estado actual. Definirá cómo lo afrontemos nuestro estado futuro.

¿Humanidad, o humanidades? Presupone esta apelación a nuestra responsabilidad frente al resto de los seres vivos y de la creación, a la identificación con el Universo y la conformación de nuestro nosotros en ese nosotros universal la existencia de éste, de un nosotros de toda la humanidad, la unidad y humanidad de toda la humanidad. Que nosotros somos todos los humanos. La globalización de la sociedad de la información, la estrecha interdependencia e interrelación entre quienes vivimos en esta aldea global, el carácter común de los problemas de vivencia y supervivencia que compartimos como especie y como planeta solo afrontables colectiva y globalmente nos lo muestran más que nunca. Nosotros somos todos, estamos todos en el mismo barco, la misma nave espacial Tierra destino futuro. Y sin embargo en buena medida pensamos y actuamos como un nosotros frente o contra los otros. Nuestras culturas y civilizaciones nos preparan para serlo. Tal vez porque, al contrario que Valle-Inclán en su esperpento, que sometía la realidad a la deformación de su imagen en los espejos cóncavos y convexos del Callejón del Gato, la técnica utilizada por las civilizaciones parece ser justamente la contraria: la de utilizar espejos cóncavos o convexos para contemplarnos a nosotros, a los otros y al mundo como si fueran espejos planos.

¿Estamos en el Callejón del Gato? Nos encontramos ante al menos cuatro espejos convexos y cóncavos, lentes a través de las cuales nos contemplamos a nosotros, a los otros y al mundo: el de Occidente y la construcción de su pretendida universalidad; el del y los orientalismos; el del y los occidentalismos; el de los «valores asiáticos». Para salir de él procede comprenderlos, desentrañarlos, adquirir conciencia de que son cóncavos o convexos y no planos. Y de los supuestos e ideas, en definitiva, que subyacen tras ellos, los sostienen y conforman, desde las de la identidad o las cosmologías a la conceptualización del sistema internacional y las visiones clásicas sobre el mismo y sobre el desarrollo, la democracia, la cultura y la paz.

¿Tiene salida el Callejón del Gato? Bien pudiera ser que nos encontremos ante imágenes y reflejos en los espejos, ante una multiplicación de las imágenes que lo es también de su deformación, y nos mantiene perdidos –¿atrapados?– en él. Para salir, procede ante todo darnos cuenta de que estamos en él, de los espejos a través de la que nos contemplamos a nosotros y al mundo para, a partir de ahí, buscar las claves para su deconstrucción, reflexionar sobre las identidades y la identidad, encontrar elementos para avanzar en la construcción de la cultura y la identidad global, la civilización de las civilizaciones. Comprender ese cuádruple proceso de construcción del nosotros, del ellos, del nosotros de ellos y del ellos de ellos.

¿Espejo o espejos? Sea cual sea la imagen en ellos reflejada, la existencia de varios espejos presupone que nosotros no somos todos. Y si no podemos contemplarnos todos en ellos, difícilmente podremos a través de ellos contemplar el mundo. Necesitaremos para ello otro espejo, en el techo o en el fondo, en que se contemple en su totalidad, con todos sus espejos y los nosotros y los otros que en ellos se reflejan y contemplan, ese mundo extraño del Callejón del Gato y la vida que pasa por él. Que pasa en él.

Pues a partir de esa toma de conciencia, de la deconstrucción de Oriente y Occidente, el Callejón del Gato puede tener salida si buscamos nuevos paradigmas sobre la democracia, el desarrollo, la diversidad cultural y la paz como ideas cimiento para la construcción de la gobernanza global de la nave espacial Tierra destino futuro, nuevas ideas cemento para aglutinarlas, necesitadas de una reflexión y debate en común sobre el futuro común de la humanidad compartida. Pues del Callejón del Gato saldremos todos o no saldremos. Y hemos de salir al tiempo, también, cada uno.

De cada uno. Los retos de la humanidad no son solo de la humanidad, ni del nosotros del Universo o del que se defina frente a los otros o cualquiera otro, mas también y al tiempo de cada uno. Pues el Universo, el mundo, la humanidad y el y los nosotros están fuera; mas también dentro. Estamos y somos en ellos, y están y son en nosotros. Y somos cada uno responsables y autores del Universo, el mundo, la humanidad y los nosotros que nos habitan por dentro, que persona adentro iluminamos y creamos. En los que somos y nos hacemos persona. El estado actual de la humani-

dad está en cada uno, y de cada uno depende. Su futuro es cosa de todos, y es cosa de cada uno.

El estado actual de la humanidad es el de la oruga a punto de convertirse en mariposa. De la oruga que no puede seguir viviendo como oruga. Nos dice Amin Maalouf en *Le dérèglement du monde* que en esta turbulencia fundadora en que vivimos la humanidad implosionará o se metamorfoseará. Nuestra apuesta, nuestra esperanza es la metamorfosis.

¿Nos encontramos, como nos sugiere Maalouf en su título, ante el desarreglo del mundo, o ante mucho más? Nos encontramos en el momento de hacer un alto en el camino, de acometer, como nos sugiere Sloterdijk en *En el mismo barco*, «un debate constitucional que proceda a la indagación de la forma del mundo». Momento del diagnóstico, de la caracterización del estado de la humanidad y sus implicaciones, de la reflexión sobre el estado de la oruga y su hábitat antes de entrar en la crisálida, de reflexionar sobre la mariposa que necesitamos dar vida en ella para dar vida a la vida. De asumir que no solo vivimos una era de cambios, sino un cambio de era, una encrucijada en la que un pequeño desvío hoy puede ser un abismo insalvable mañana.

Puede simbolizarse o expresarse ese momento y ese reto con el de salir del Callejón del Gato, como hago en mi libro que lleva tal título. O con la metáfora de la oruga. O con otras, como la de Amin Maalouf cuando nos compara con un grupo de escaladores unidos por la misma cuerda acantilado arriba hacia la cima, en el que el alpinista que comienza a perder pie afronta tres tentaciones, tres disyuntivas: la de tirar de la cuerda y caer con todos al fondo; la de refugiarse en una cueva, en un recodo, y esperar que pasen las turbulencias, esconder como la avestruz la cabeza esperando que lo que no se ve deje de existir; y la de afrontar los riesgos y avanzar hacia la cima. Con la conciencia de que no es ésta el fin de la Historia, sino de esta Historia y el inicio de otra.

O como la de Sloterdijk cuando nos dice que los humanos hemos pasado en la construcción, conducción y reproducción de nuestro nosotros por tres grandes etapas a través de la Historia. La primera, la de la paleopolítica, sería «la del milagro de la reproducción del hombre por el hombre» en esas primeras hordas que compara con «una especie de islas flotantes, que avanzan lentamente, de modo espontáneo, por los ríos de la vieja naturaleza», que se configuran como incubadora de cría, pues «todas las sociedades primitivas tienden a colocar su centro de gravedad la crianza de seres humanos, si es que quieren proseguir con éxito su tarea fundamental, la repetición del hombre por obra del hombre». Llega un momento en que esa navegación en balsa da lugar en su evolución a los grandes imperios agrícolas, las ciudades y las sociedades cuyas dimensiones van más allá de las hordas; la era de la navegación costera. En la era de la política clásica, la ciudad, el Imperio o el Estado se configuran como el útero social que transforma al *homo sapiens* en *zóon politikón*, yo perteneciente a una colectividad o un nosotros de nuevas dimensiones, alumbrado a través de la educación y la cultura, la civilización como conjunto compartido de conocimientos, valores, creencias, mitos y símbolos. Un nosotros en y desde el que, además de frente a la naturaleza como en la etapa anterior, el hombre se define frente al otro hombre, define al otro como el otro, como el enemigo, incluso le niega su condición de tal, le ataca, lo esclaviza o le hace la guerra. Mas no nos encontramos ya en la era de la política, sino en la de la hiperpolítica; no nos basta ya la navegación de costa a costa a la búsqueda de la derrota de otras naves o la conquista de otras tierras: nos encontramos todos en el mismo barco en medio del océano, y necesitamos de nuevas técnicas de navegación, de nuevos mapas y hojas de ruta para conducirlo. Una era en que puede el ser humano vivir un tercer aislamiento insular, afirmar al individuo frente al grupo, construir sociedades abiertas, primar la creación frente a la procreación. Que necesita de una nueva política.

O como la que utiliza Kishore Mahbubani en *The Great Convergence. Asia, the West and the Logic of One World*, cuando nos dice que necesitamos darnos cuenta de que los siete mil millones de seres humanos navegamos hoy en un único trasatlántico, con sus pasajeros distribuidos en ciento noventa y tres cabinas (Estados), cada una con su propio capitán y puente de mando, que se preocupa solo de las necesidades y demandas de sus pasajeros; de modo que no hay nadie al mando, o lo están todos a la vez, y se ponen a discutir cuando viene una tormenta, o cambia el viento, o se acaba el combustible. Que necesitamos una teoría de un único mundo, que nos explique que nuestra cabina forma parte de un barco cuya navegación es nuestra navegación; y un puente de mando y un código de navegación, un

modelo de gobernanza global para guiarlo. Asumir, en definitiva, no solo que el mundo es una aldea, sino también que nuestra aldea es el mundo.

O como ese reto de pasar de la economía y el mundo del «cow boy» en el lejano Oeste al del astronauta en la nave espacial que nos planteaba ya en 1966 Kenneth Boulding en *The Economics of the Coming Spaceship Earth*. De un sistema abierto, que absorbe del entorno inputs a partir de los que produce outputs que devuelve a él, a un sistema cerrado en que todo output es a su vez input de otro proceso del mismo sistema. Un sistema sin entorno o que ha integrado al entorno en el mismo, conocible solo desde dentro, participando en él. Así, mientras en la economía del lejano Oeste

> *«el consumo es contemplado como algo positivo, al igual que la producción; y el éxito de la Economía es medido por la cantidad de producto obtenido a partir de los "factores de producción", parte de los cuales son extraídos, en cualquier caso, de las reservas de materias primas y objetos no económicos, y otra se transforma en polución. Si hay infinitas reservas de las que obtener materiales y depositar desechos, lo producido puede considerarse la medida plausible del éxito de la Economía. El Producto Nacional Bruto es la medida aproximada del éxito de la Economía...».*

Para el astronauta, el hombre del espacio, la Tierra se configura sin embargo como

> *«una única nave espacial, sin reservas ilimitadas de nada, sea para la extracción o para la contaminación, en la que, por lo tanto, el hombre debe encontrar su lugar en un sistema ecológico cíclico autosostenible».*

Y así, en la economía de la nave espacial Tierra

> *«la producción no es en modo alguno un desiderátum, sino algo más bien a minimizar antes que a maximizar. La medida esencial del éxito de la Economía no es la producción y el consumo, sino la naturaleza, extensión, calidad y complejidad del stock total de capital, incluyendo en el mismo el estado de las mentes y los cuerpos humanos existentes en el sistema. En la Economía de la nave espacial Tierra, la preocupación fundamental es el mantenimiento del stock, y cualquier cambio tecnológico que nos permita el mantenimiento de un stock total dado con menor producción y consumo es una clara mejora...».*

La adopción de la perspectiva de la Economía de la nave espacial Tierra supone la asunción del bienestar humano como stock y no como flujo, así como el carácter limitado de la materia, la energía y el conocimiento de que disponemos para llevar a la nave en que viajamos todos a esa Ítaca perdida, ese puerto que lleva por nombre el futuro. Supone asumir los límites de nuestro antiguo y tendencial avanzar a la conquista del Oeste no solo en el espacio, sino también en el tiempo, la perspectiva y la responsabilidad no solo de viajar placenteramente el viaje de nuestra vida, sino de entregar un día a nuestros hijos y nietos el volante de la nave en condiciones de seguir viajando el viaje de la vida.

Metáforas explicativas que coinciden en esa necesidad de análisis y de transformación, de toma de conciencia de los desfases que caracterizan nuestro estado actual y la necesidad de su superación, de cambio de paradigmas y supuestos para ello. De saber en qué y por qué la vida de oruga no resulta ya posible, reflexionar sobre de qué capacidades, habilidades, órganos y miembros debería estar dotada la mariposa que nos proponemos alumbrar en la crisálida para que pueda continuar la vida y vivirla plenamente. Y sobre cómo, quiénes y con qué construirla, construirnos y alumbrarnos cada uno. Apuntar hojas de ruta que nos puedan llevar hacia ello.

Conciencia de nuestra evolución demográfica, económica y ecológica, de las implicaciones de la globalización de la sociedad de la información, de nuestra capacidad de destrucción, de que nosotros somos todos en la nave espacial Tierra, y de que no está garantizada su navegabilidad y navegación destino futuro. Del desfase que supone que lo seamos, y al tiempo pensemos y actuemos como un nosotros frente a los otros, y nuestras culturas y civilizaciones para ello nos preparen. Y de otros desfases, entre los que quisiera al menos destacar un desfase humano, un desfase político y un desfase global.

Desfase humano intrínseco a nuestra condición de animal racional. Animal, y como tal dotado de instintos. De agresividad, de cooperación (con nuestra instintiva capacidad de altruismo), sexual, de alimentación, de posesión y acumulación. Nuestra razón ha desarrollado instrumentos y poderes cuya utilización bajo el impulso de nuestros instintos puede re-

sultar letal. Bien es cierto que hemos desarrollado un complejo sistema colectivo de racionalidad, un entramado político y social conformado por la ética, la religión, el Derecho, la cultura y la educación. Pero no lo es menos que, como nos dice Martín Ortega Carcelén en *Para comprender el mundo*, hemos creado un mundo para el que nuestros instintos no están preparados; y que ese entramado está a medio hacer, y necesita nuevos desarrollos para afrontarlo, para conducirnos en él y conducirlo. Bien es cierto que hemos creado mecanismos para controlar y gobernar colectivamente nuestra agresividad, o nuestros instintos sexuales, de alimentación y de cooperación; mas no lo es menos que el de posesión y acumulación nos mueve y nos domina, que tendemos a identificar mayor consumo con mayor felicidad y bienestar, que en ello se basan la lógica de nuestra teorización de la economía y el mercado y nuestros modelos de comportamiento individual y social. Subyace ese instinto, esa pulsión de posesión y consumo, en el agotamiento de recursos, el cambio climático y buena parte de los problemas que condicionan nuestra supervivencia como especie. Si no es limitado de manera racional en el futuro, su impacto creciente puede amenazarla, víctima de su satisfacción hoy por unos a costa de otros y el conflicto que ello genera, víctima la humanidad de mañana de su satisfacción por la de hoy. Lo que requiere una transformación de ese entramado en relación a él, introduciendo mayor racionalidad en su contenido, cambiar la vida y los valores, paradigmas y actitudes que en relación a él la orientan.

> «*La solución* –concluye Ortega Carcelén– *no radica solo en introducir normas puntuales sobre un sistema impositivo más eficaz en beneficio del conjunto de la comunidad o sobre un mayor respeto del medio ambiente. La verdadera solución llegará cuando, además, se replantee nuestro modo de vida consumista en su conjunto. Para ello hace falta un cambio cultural muy profundo que implica transformar caducas ideas individuales, políticas y sociales. Ello requiere también la construcción de una nueva mentalidad, que prime un análisis racional del problema en su conjunto y en el largo plazo frente al instinto de origen animal*».

Desfase político entre la legitimidad del poder y el poder del poder, entre la idea y la realidad de la democracia y el Estado de Derecho. Se organiza hoy

la humanidad políticamente en Estados, y cubren éstos de forma generalizada todo el territorio del planeta. Resultan necesarios, imprescindibles, pues solo su existencia posibilita el monopolio organizado de la fuerza al servicio del Derecho, garantía necesaria para la gestión de los conflictos sociales sin recurrir a la violencia como instrumento de acción colectiva. Y de hecho su ausencia, su precariedad, su debilidad, su funcionamiento deficiente o su incapacidad para satisfacer las necesidades y atender a las demandas de sus ciudadanos constituyen una de las principales problemáticas no solo de la sociedad afectada, sino del sistema internacional y la humanidad en su conjunto. Necesarios, mas ya no suficientes; pues los grandes problemas globales que afectan a la supervivencia de la humanidad y definen su estado actual no se pueden resolver ya a en el Estado, sino globalmente. Requieren de un sistema de gobernanza global, de la transformación en tal del sistema internacional existente. Necesita todo poder para sostenerse en el tiempo no solo de fuerza y de capacidad, sino también y sobre todo de legitimidad, de origen y de ejercicio. Muchas han sido las fuentes de legitimidad del poder político a lo largo de la Historia, entre ellas su origen divino o su ejercicio en nombre de Dios. Mas desde que Rousseau propusiera en su contrato social que su origen radique en el pacto entre los individuos que conforman una sociedad, de modo que «obedeciendo la ley se obedezca uno a sí mismo», la Historia contemporánea ha sido la de las sociedades humanas que avanzan hacia la instauración de regímenes políticos democráticos y hacia la de las ideas de democracia, Estado de Derecho y derechos humanos universales como referentes de legitimidad compartida de la humanidad, aunque a menudo se les pongan adjetivos o interpretaciones ideológicas, culturales o civilizacionales. Constituye una realidad, siempre mejorable y en construcción, para una parte de la humanidad; mas presenta tres déficits, tres desfases, que podríamos denominar geográfico, económico y global. Geográfico, pues hay estados democráticos y no democráticos, y, contra lo que pudiéramos pensar en los primeros, en el mundo interrelacionado en que vivimos los regímenes políticos se contagian, se influyen, la democracia no puede crecer aislada, su ausencia en otros estados, en otras áreas geográficas, afecta necesariamente la nuestra. La afecta, y nos afecta; pues si la promovemos como plasmación política de nuestra común condición

humana y los derechos universales que compartimos, no podemos conformarnos con instaurarla y cultivarla puertas adentro del Estado del que somos ciudadanos, sino universalmente. Económico, pues la democracia no consiste solo en que los ciudadanos puedan elegir a quien detente el poder del Estado; sino también en que el Estado tenga poder para satisfacer efectivamente sus demandas y necesidades, para hacer posible que todos puedan llevar a cabo una vida conforme a la dignidad humana. La democracia no es solo electoral, sino también social y ciudadana. Un Estado con el poder de corregir las imperfecciones y desigualdades generadas por la economía de mercado y el modelo capitalista. Pues si éste ha constituido el que mayor riqueza y desarrollo ha permitido a las sociedades humanas, su hipertrofia, su exceso en la lógica del consumo y el beneficio individual pueden acabar haciendo de sí mismo su mayor enemigo, dar lugar a una plutocracia y una desigualdad social difícilmente compatible con la democracia. Suscribimos el contrato social, como nos señalaba John Rawls, para tener la posibilidad de disfrute efectivo de los derechos fundamentales que proclamamos en él; y ello requiere de la existencia para cada ciudadano y ciudadana de unas mínimas condiciones de subsistencia y de vida. Global, pues si la resolución de los problemas, la procuración de los bienes públicos para los que lo suscribimos, la realización del interés general y la solución de los problemas comunes de la humanidad requieren de una instancia de gobernanza superior a la del Estado, regional o global, se plantea la cuestión no solo de la conformación y ejercicio de su poder, sino también de su legitimidad, de la construcción de la democracia en dicho plano, de la superación del déficit de democracia en el mismo.

Desfase global, como apuntábamos, entre esa necesidad de resolución de problemas, procuración de bienes públicos y realización del interés general de la humanidad a un nivel superior al del Estado y la conformación de éste como sistema fundamental de organización política. Afrontarlo requiere de la transformación del sistema internacional actual en un sistema de gobernanza global, pasar de la identificación de la Sociedad Internacional con el estado de naturaleza a concebirla y organizarla como contrato social, conformar sistemas de cooperación y decisión colectiva y estructuras institucionales con los estados, entre los estados, y otros actores internacionales relevantes para definir y ejecutar soluciones racionales a los problemas globales, procurar los bienes públicos globales y realizar el interés general de la humanidad. Para la navegabilidad y navegación de la nave espacial Tierra destino futuro. Afronta su articulación tres grandes retos o áreas de acción: el de la paz y la seguridad; el de la economía y las finanzas; y el de la ecología y la energía.

Contemplado en perspectiva histórica, tras el horror de dos confrontaciones globales y el riesgo de su repetición con potencialidad de destrucción global, cabe contemplar el sistema internacional instaurado tras la Segunda Guerra Mundial como un avance sustancial en la articulación de la paz y la seguridad en el plano global, en su gestión y gobernanza. Con todos sus defectos y necesidades de mejora, con las provisiones de la Carta de San Francisco, el Consejo de Seguridad y el sistema de Naciones Unidas, y las diferentes organizaciones regionales de seguridad, la humanidad se ha dotado de un sistema de gobernanza de la paz y la seguridad, que afronta el reto y responsabilidad de utilizar adecuada y responsablemente.

Como nos ha mostrado la crisis económica global que vivimos desde 2008, ante la globalización económica, y especialmente financiera, carece la humanidad de mecanismos adecuados de gobernanza para afrontar la mayor recesión vivida por el capitalismo. Para evitar las crisis, para gestionarlas y gobernarlas, y para corregir tendencias incompatibles con la viabilidad y el bienestar colectivo, como la tendencia creciente a la desigualdad determinada por la divergencia de la rentabilidad entre las rentas del trabajo y las del capital, que nos muestra Thomas Piketty. Bien es cierto que la crisis ha conllevado una inevitable y necesaria toma de conciencia, que se han activado foros y mecanismos, como el G20 o el avance en la regulación de la fiscalidad internacional, para la mejora de la gobernanza global, que la Unión Europea se ha dotado de instrumentos y medidas para mejorar la gobernanza del euro y corregir sus errores de diseño. Mas no lo es menos que es mucho el camino que queda por recorrer para que dispongamos de un verdadero sistema de gobernanza económica y financiera global, y que no son pocos los nubarrones en el horizonte, sin ir más lejos en Europa los que estos días nos vienen de Grecia y tal vez en un futuro no lejano del otro lado del Canal de la Mancha.

Mas si la gobernanza global de la paz y la seguridad constituye el gran reto del pasado y la económica y financiera absorbe las urgencias y traba-

jos del presente, la de la energía y la ecología está destinada a determinar **el futuro de la humanidad.** O, mejor dicho, que la humanidad –y el mundo **y la vida, tal como hasta** ahora los conocemos– tenga futuro. Motiva este **simposio en cincuenta** aniversario de la Constitución Pastoral *Gaudium* ***et spes,*** en la que la Iglesia planteaba su papel en el mundo actual. Partía entonces la reflexión y el *aggionarmento* que supuso el Vaticano II del análisis del estado actual de la humanidad. Resulta significativo que al preguntarnos por éste ahora el Papa Francisco haya hecho pública la Encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común. Por el qué, el quién y el cuándo dice lo que dice. Por su afirmación de la envergadura del desafío del cambio climático, por el reconocimiento de la raíz humana de la crisis ecológica, por su propuesta de una Ecología integral y de líneas de orientación y de acción para hacerla realidad. Por la legitimidad y carta de naturaleza que otorga a esta problemática y el llamamiento moral a hacerle frente. Por la toma de conciencia global a la que contribuye. Por hacerlo a las puertas de la Cumbre Mundial del Desarrollo Sostenible y de la Cumbre Mundial del Cambio Climático, en que los Jefes de Estado y de Gobierno pueden sentar las bases de un contrato social de la humanidad para afrontarla, de un sistema de gobernanza global y una hoja de ruta para ello.

Desfases, los señalados, que se reflejan en la aproximación a la realidad, los supuestos y perspectivas en que se fundamentan disciplinas fundamentales para nuestra comprensión y acción social, como la Economía y el Derecho. En la Economía, no solo por la consideración como externalidades de cuestiones, como el impacto ecológico, que deberían formar parte esencial de la ecuación, o de la maximización del consumo agregado como objetivo; sino porque «la Economía» en que se basa la Teoría Económica sigue siendo en lo fundamental la Economía nacional, cuando la Economía en la que vivimos hoy es fundamentalmente global. En el Derecho, por la distinción que conlleva la consideración de la Constitución en el vértice de la pirámide kelseniana del Derecho entre el Derecho en el Estado y el Derecho entre los Estados, identificando a la sociedad nacional con el contrato social y a la Sociedad Internacional con el estado de naturaleza. Diferencia conceptual entre Derecho interno e internacional; y diferencia sustancial, ontológica. Pues mientras en el primero la ley es

la norma cuyo cumplimiento descansa en el monopolio del Estado de la fuerza organizada en el territorio, en el segundo se basa en el *pacta sunt servanda* entre los Estados y carece de una fuerza garante de su aplicación. Pues, sea con la alteración del quiénes por fracturación o ampliación –como en el caso de las unificaciones alemana o italiana–, sea con su mantenimiento, nunca ha ido sin embargo la instauración en la Historia de un contrato social –una Constitución elaborada por representantes electos de la comunidad política–, ley fundamental en la que se basan todas las leyes –fundamento del ordenamiento jurídico o vértice de la pirámide kelseniana del Derecho–, sin el paralelo monopolio del uso de la fuerza de coerción o violencia legítima por parte del Estado en que rige dicha ley, garantía y al tiempo instrumento de su aplicabilidad y aplicación. ¿Nunca? Nunca, hasta la creación del Derecho de la Unión Europea. Pues constituyen sus normas, en virtud de los principios de aplicabilidad directa y primacía del Derecho comunitario, las primeras leyes comunes no garantizadas por un poder de coerción común; las primeras que rigen en un conjunto de estados que ponen su monopolio de la fuerza sobre el territorio, su sistema judicial y sus instituciones al servicio de la aplicación no solo del ordenamiento jurídico emanado de la Constitución emanada de la representación de la comunidad política de sus ciudadanos, sino también de la del ordenamiento jurídico común emanado de las instituciones de una Unión de estados y pueblos que se pretende cada vez más estrecha. Asistimos con ello al alumbramiento de una nueva posibilidad de concepción y existencia efectiva de la ley. Y tal vez del contrato social, de la manera de construir el orden internacional, de crear estabilidad en él, de evitar la guerra asociada al estado de naturaleza, construir la paz. De ahí, entre otras razones, la trascendencia de la construcción europea y sus lecciones aprendidas para el futuro de la humanidad, las razones para la esperanza que en perspectiva histórica alumbra.

Desfases que definen la situación de la oruga, la insostenibilidad, la imposibilidad de seguir viviendo como tal; nos plantean la disyuntiva entre ser las últimas orugas o las primeras mariposas, el reto de entrar en la crisálida.

Pues bien pudiera ser, por seguir con nuestras metáforas, que la lectura de Boulding y de Sloterdijk nos llevara a contemplarnos como los

últimos cowboys a la conquista de un Oeste que ya no existe, marineros de navegación costera aplicando la hoja de ruta de nuestras culturas nacionales para la afirmación y supervivencia de nuestro imperio frente al otro; condenados al naufragio al no darnos cuenta de que ya no navegamos en nuestros nosotros frente a los otros, sino que nos encontramos ya todos en el mismo barco, en alta mar, más allá de horizonte o costa alguna conocida, en la misma nave espacial Tierra; al aplicar las tácticas y técnicas de navegación del llanero solitario o del nosotros frente a los otros para la conducción de vehículos y viajes en otra escala, de esa misma nave espacial Tierra nueva superintegral de colectividades en una única colectividad global en que nosotros somos los otros, somos todos.

Pues en definitiva tal es la tensión íntima, el dilema de supervivencia y de conducción y gobernabilidad global que define el estado actual de la humanidad: vivimos ya –querámoslo o no; démonos o no cuenta de ello– en la única nave espacial Tierra, mismo barco o sistema cerrado en que todo lo que hagan o dejen de hacer sus tripulantes y componentes afecta al viaje y su rumbo, a la posibilidad de seguir viajando; nosotros global de nosotros colectivos cuyo reto no es ya la afirmación, navegación, supervivencia o victoria de nuestro yo frente al otro, nosotros frente a los otros, sino de nuestro nosotros frente al de nuestros hijos, para el de nuestros hijos. De alguna manera, nuestro destino, el reto de nuestro viaje, no está ya en el espacio, sino en el tiempo. Pero el viaje que sabemos viajar, que hemos aprendido y nos han enseñado a viajar, nuestras cartas de navegación, nuestros vehículos, son para viajar en el espacio, conquistar el Oeste o hacer navegación costera en Estados o imperios cohesionados por culturas constructoras de nosotros frente a otros, sobre otros. Nuestra cultura, salida del útero social del Estado, nos prepara para formar parte de un nosotros que va más allá del nosotros primitivo de la navegación en balsas, válido para la conformación de sociedades en un grado de complejidad y posibilidades de navegación cualitativamente superior, en las que se ha producido un segundo aislamiento que ha dado lugar a un desarrollo tal que la sociedad, la economía, el mundo, el nosotros originario forma parte de un nosotros global a cuya supervivencia y viabilidad está ineludiblemente ligado. Superación de un nosotros, de una política que bien pudiera ser la de los últimos hombres que –no asumiendo que lo que era

un sistema abierto se ha transformado en un sistema cerrado, conduciendo y conduciéndose con lógica y técnicas de conquista del Oeste la nave espacial Tierra, de ese antiguo nosotros frente a los otros– bien pudiera convertirse en la de la destrucción de la nave en pleno viaje, del naufragio en alta mar y el retorno tal vez a las balsas.

O no. Tal vez no, tal vez pueda ser la hiperpolítica la primera política de los primeros hombres que asumieron la conducción de la nave espacial Tierra destino futuro. Que inventaron nuevas cartas de navegación y nuevas técnicas; supieron utilizar la capacidad de producción y creación adquirida en el tercer aislamiento, no para la salvación o realización individual como última mujer o último hombre, sino para, desde esa conciencia de navegación en el mismo barco o nave espacial, fabricar un nuevo útero social alumbrador de la cultura de la supervivencia y de la vivencia de la colectividad global, del nosotros que son también los otros, que somos todos. De ese hombre o mujer astronauta capaz de conducir y participar en el viaje de la nave espacial Tierra destino futuro, de hacer de éste el viaje de la vida. Generador, en definitiva de nuevos paradigmas para una nueva cultura de la globalidad, integral aglutinadora de ese nosotros que somos todos –de esa asunción de nuestra identidad no solo como la del navegante en la balsa de las relaciones cercanas, o en el barco de nuestra sociedad, cultura o nación; sino también como ser humano y habitante de este planeta.

Generación, alumbramiento de ese yo y ese nosotros que en modo alguno podría realizarse contra o sobre la supresión de nuestra identidad y nuestra cultura; sino a partir de ella, para ir más allá. La cultura de la era de la hiperpolítica o de la nave espacial Tierra no presupone identidades excluyentes o dicotómicas, sino múltiples y simultáneas. Formamos parte de diferentes nosotros: del que navega en la balsa de nuestra familia y nuestra tribu, del que navega en el barco del acontecer colectivo de nuestra cultura, sociedad o nación, del que navega en la misma nave espacial Tierra. Nuestro yo no puede formar parte de uno contra el otro sin atentar contra sí mismo. Y para ello debe procurar que esa triple navegación no se destruya una a la otra, sino que se retroalimente positivamente. Que nuestro navegar en la balsa de nuestro nosotros más inmediato no solo no choque con el de los nosotros de otras balsas con los que compartimos el

navegar del barco del nosotros de nuestra cultura, sociedad o nación, sino que contribuya positivamente a éste. Y que nuestro navegar en el nosotros de nuestra cultura, sociedad o nación –en cualquiera de los nosotros de los que seamos o podamos ser parte– no se haga contra los de otros, sino de manera que contribuya positivamente a la conducción y navegación de la misma nave espacial Tierra en la que navegamos todos. Como las muñecas rusas, una integra a la otra, la contiene. Habrá quienes, en una u otra embarcación, no contemplen más allá del horizonte de ésta; pero la navegación, la navegabilidad de cada una depende de las de las naves que alberga en su interior, de que en ellas haya un suficiente número de pilotos o marineros expertos conscientes de las implicaciones de su navegación para la navegación superior, para la supervivencia y vivencia del nosotros del que también forman parte. Pues a diferencia de las muñecas rusas, los nosotros de dentro pueden romper el que los aglutina; la confrontación o el sentido de la navegación de los barcos puede acabar con el viaje de la nave espacial Tierra (y con la nave espacial y con la Tierra misma, tal como la conocemos).

¿Qué supone esa cultura o civilización global? ¿Cómo y desde dónde contribuir a su alumbramiento?

No supone, ciertamente, la ausencia de planteamiento y ambición de universalidad en la cultura o las culturas o civilizaciones. Pues no son pocas las que se han presentado a sí mismas y al otro como encarnación de la universalidad del ser humano, y en nombre de ésta han justificado y expandido su cultura y su poder. Entre ellas ninguna como la civilización occidental, que en nombre de su misión de extensión de una civilización proclamada como la civilización ha extendido por el mundo el poder producido en su seno hasta el punto de dar lugar, durante la Guerra Fría, a la confrontación de dos proyectos ilustrados, igualmente hijos de la razón y la civilización occidental, con pareja vocación de imposición o proyección universal, como eje estructurador del funcionamiento global del sistema internacional. Su desaparición, con la caída del muro de Berlín, no ha conllevado el hegeliano fin de la Historia proclamado por Fukuyama; sino a la posmodernidad y al cuestionamiento de universalidad occidental. Frente a la globalización de la sociedad de la información –y la pregunta sobre si implica una nueva occidentalización–, el retorno, refugio o emergencia de

lo identitario, lo cultural y civilizacional como nuevo eje estructurador y factor explicativo global, como intenta Huntington en su «choque de civilizaciones».

Supone sin embargo, frente a esa y otras tesis, la «civilización de las civilizaciones» en el doble sentido de «domesticación» –«apprivoiser la panthère», como diría Amin Maalouf en *Les identités meurtrières*– o relativización de lo identitario, construcción de ese espacio de libertad individual imprescindible para la reflexión en libertad sobre las grandes cuestiones globales y desde el que construir la identidad o cultura común, de tolerancia del otro y de las múltiples realizaciones posibles del yo, de que somos en definitiva (culturalmente) hijos de varias madres; y de construcción de una cultura o civilización global para la supervivencia global, para la configuración del nosotros que somos todos y la navegación de la nave espacial Tierra destino futuro.

Construcción que supone la definición del qué y el cómo de los criterios de funcionamiento y la carta de navegación de la nave espacial Tierra, de un proyecto de convivencia compartida, de supervivencia y vivencia y gobernanza global. La construcción de una visión común sobre el desarrollo sostenible, la paz y la democracia como ideas fuerza para dicha gobernanza, de los bienes públicos globales, y de los principios y mecanismos para avanzar hacia ellas. Del contenido y las reglas del juego global. Y de sus actores y la legitimidad de los mismos.

Que supone, como se ha señalado ya, una visión, un proyecto, un nosotros en el tiempo y para el tiempo. Un pacto global, en expresión de David Held, no solo entre todos los seres humanos –todos los habitantes de la nave espacial Tierra– de hoy, sino entre éstos y los de mañana, para los de mañana. Una toma de conciencia de los escenarios, los protagonistas, los temas, los argumentos y el guion de la obra del Teatro del Mundo, de la Historia de la humanidad que entre todos interpretamos y escribimos al tiempo, entre todos hacemos y sufrimos o disfrutamos. Del que todos somos actores y espectadores. Ese Gran Teatro del Mundo del que nos hablaban los clásicos, que nos invita Gracián en *El Criticón*, de la mano de Critilo y Andrenio, a visitar en sus escenarios, escenas y episodios, que de un modo u otro han intentado e intentan describir tantos escritores. Si éstos intentan describirlo en el papel, todos intentamos escribir con la

vida en el mundo y en la vida. Escribir esa obra colectiva que llamamos Historia y queremos nuestra. Toda vida en sociedad interpreta una obra colectiva; y de algún modo todo debate político es un debate sobre los papeles y el argumento de la obra. ¿Cuáles son los argumentos, los personajes, los papeles, las escenas que puedan hacer que la obra que entre todos escribamos e interpretemos sea la de la navegación y navegabilidad de la nave espacial Tierra destino futuro, la de la continuación de la creación y de la contribución de la humanidad a ella? ¿Cómo escribirla?

Asumiendo que el escenario es el Universo, que los actores somos todos los seres vivos. Que el argumento no es el de un nosotros frente a los otros, contra los otros; sino el del nosotros que somos todos en la nave espacial Tierra. Nos dice Amin Maalouf en *Le dérèglement du monde* que los únicos verdaderos combates que merecen ser luchados por nuestra especie en los próximos siglos serán científicos y éticos. Con la voluntad y la conciencia de que habrá que escribir un nuevo guion, componer una nueva partitura, llevarlos del papel a la realidad, interpretarlos, jugar nuestro papel. De inventar, alumbrar una concepción del mundo que no sea una traducción moderna de nuestros prejuicios ancestrales. De que ello implica un reto de trascendencia y de madurez. De trascendencia, de elevación; pues tal es la manera de superar un conflicto, un desfase: no por imposición, sino por transformación, por metamorfosis. Decía Kant que el hombre es el único ser que se trasciende a sí mismo. Y María Zambrano que si la juventud es la edad en que el hombre se afirma frente al otro, la madurez es aquella en que se afirma frente a sí mismo. Reto fundamental de construcción de paradigmas, de autoconstrucción; cultural, pero también político. De sostener con fuerza la cuerda y evitar que nos arrastren al fondo quienes ven en nosotros al otro a destruir o confrontar, o simplemente se ven tan solo a sí mismos en el disfrute del hoy aun a costa del mañana; de no esconder la cabeza como el avestruz ni albergar la ilusión de que hay refugio o albergue para nosotros sin que lo haya al tiempo para los otros; de avanzar con prudencia, con cuidado, unidos y sin dejar caer a nadie hacia la cima.

Reto de salir del Callejón del Gato, de deconstruir sus espejos y los materiales y supuestos implícitos que los conforman. De superar la pseudoespeciación que niega la humanidad del otro. De repensar la identidad,

asumir nuestras identidades múltiples y construir la ciudadanía multinivel, incluida nuestra común ciudadanía cosmopolita. De construir entre todos los universales de todos. De desarrollar nuevos paradigmas sobre la paz, la democracia, el desarrollo y la cultura como ideas cimiento para la gobernanza global. De compartir universalmente universales abiertos para que nuestra sociedad, nuestras sociedades, sean abiertas; y otras ideas cemento que aglutinen y ensamblen la nave espacial Tierra, y los principios y valores de la tolerancia y el espíritu crítico, el respeto a la vida y los derechos humanos. De concebirnos, a nosotros mismos y al otro, de alguna manera como radios con diferentes emisoras o frecuencias. Algunas de las sintonías que captemos estarán en el mismo idioma, o emitirán programas de interés común, y formaremos un nosotros con aquellos que puedan comunicarse o recibir esa frecuencia. Aquellos en uno casos unos y en otros otros, frecuencias o sintonías generalmente conformadoras de nosotros particulares en el nosotros global. Sin embargo junto a ellas, entre ellas, al menos una frecuencia global, una emisora común, sintonía que podamos captar todos, para la comunicación de la humanidad común para la común navegación en la nave espacial Tierra destino futuro. Con una programación, también, a definir y construir en común. Necesidad y reto de construirla, de aprender a sintonizarla, a escucharla, a comprenderla, a comunicarse en ella, a utilizarla.

De asumir como rasgo definidor de la era que vivimos y por vivir el ascenso global de China y Asia y la centralidad del Pacífico, no solo con las implicaciones geoestratégicas y de redistribución del poder internacional que conlleva, sino también y sobre todo culturales y paradigmáticas y de estructura de la sociedad global. Pues ha contemplado la Historia el auge y caída de las potencias, mas nunca hasta ahora ha albergado la potencia ascendente o hegemónica a más del diez por ciento de la humanidad. El ascenso global de China, India y Asia conlleva el ascenso global de más de dos mil millones de personas a la clase media, una reconfiguración de la estructura social determinada por el paso de la mayoría de los pobres y desfavorecidos a la mayoría de la clase media, con todas las oportunidades e implicaciones geopolíticas, de desarrollo y utilización de recursos y de evolución global que ello puede conllevar. Conlleva así mismo, muy especialmente, que vivimos y estamos destinados a vivir

en un mundo no solo multipolar, sino fundamentalmente policéntrico. Superador del mapa mental centro-periferia en que hemos vivido y por inercia arrastramos. De ese único camino y modelo de desarrollo señalado por Occidente. Centros alternativos desde donde se piensa alternativamente, y se formulan propuestas globales como universales abiertos desde el buen conocimiento de los paradigmas conceptuales, teóricos y científicos surgidos de Occidente, mas al tiempo no sujetos a sus condicionamientos culturales e históricos, caracterizados como meta ideas o meta paradigmas precisamente por ser abiertos. Reto, ante todo, de acometer entre todos la gran conversación para la gran convergencia, la gran metamorfosis.

Hemos venido hablando hasta ahora del estado de la humanidad sin referirnos a que ésta se conforma de hombres y mujeres. Hemos venido, siguiendo la tradición filosófica, hablando del hombre para referirnos al ser humano. Mas el estado actual y permanente de la humanidad es el estado de las mujeres. Determinará la igualdad entre mujeres y hombres, la superación de la discriminación histórica, ancestral y cultural que ha venido sufriendo la mujer en la mayoría de las sociedades humanas el futuro de la humanidad; y el avance en la plena igualdad entre mujeres y hombres el de su estado. Pues si, como dijera Mao, las mujeres son la mitad del cielo, no puede darse sin ellas la plenitud del mismo. Ni podrá nunca la humanidad llegar a ser en la Tierra lo que potencialmente puede llegar a ser, sino apenas la mitad de ello. Ni resultan la paz, el desarrollo y la democracia posibles sin la igualdad de género. Pues son, al tiempo y en esencia, igualdad de género. Pues si el desarrollo se basa, como nos dice Amartya Sen en *Desarrollo y libertad*, en el de las capacidades humanas, toda sociedad en que las mujeres no desarrollen las suyas en toda su potencialidad solo estará en su mitad desarrollada. Cielo como lugar desde donde contemplar la Tierra de otra manera, con otra perspectiva, tal vez precisamente por ello allí de donde viene y a donde regresa el alma, lugar que nos habita por dentro cuando somos del todo nosotros mismos, y para ello necesariamente personas además y por encima de hombre o mujer.

Decía, como he señalado ya, María Zambrano que el hombre es el único ser que no solo padece la Historia, sino también la hace. Que las

creencias y las ideas le han movido en ese hacer de la Historia, pero que mientras las creencias nos ligan necesariamente hacia el pasado, las ideas anuncian el futuro y lo adelantan. Ideas que han movido la Historia, que han hecho que hoy seamos quienes somos, como la de igualdad, *leit motif* inspirador de la teoría rousseauniana del contrato social como base de la vida social, lema de la Revolución Francesa a partir de la que ya nada será igual, de la afirmación y conquista, primero, de los derechos políticos, y de los económicos y sociales, después. Motor, sí, de la destrucción, en los paradigmas y en la realidad de todas las discriminaciones, que afronta sin embargo el reto de cruzar el Rubicón, traspasar la línea roja sin la cual ninguna igualdad será tal: aquella que hacía, precisamente, hablar a María Zambrano del hombre y no del ser humano: la de la igualdad de género, de asumir que ser humano está por encima de ser hombre o mujer, y que ser humano es tanto ser hombre como ser mujer. Pues, como señalan Ronald Inglehart y Pippa Norris en *El verdadero choque de civilizaciones*, las relaciones entre mujeres y hombres, la situación de las mujeres en la sociedad, la construcción social del papel de la mujer, constituye al tiempo cuestión esencial definidora de las civilizaciones –y las diferencias entre ellas– y línea divisoria universal. En la humanidad en su conjunto, en cada civilización, en cada familia y cada momento, en nuestras relaciones con el otro, en lo femenino y masculino que hay en cada uno.

¿Cómo asumir que para ser persona no podemos sino ser, todos y cada uno, también mujer, también hombre; como no podemos ser del todo sin ser también en el otro? Si las mujeres son la mitad del cielo, los hombres somos también la otra mitad. Y no podrá alcanzarse la plenitud del cielo si las preguntas, reflexiones y propuestas se acometen solo respecto a las mujeres y por las mujeres; sino cuando las hagamos también respecto a los hombres y por los hombres. Cuando los hombres comprendamos, asumamos, que las mujeres no solo sois la mitad del cielo, sino sobre todo y también nuestro cielo.

La abolición de la esclavitud, que todas las razas sean iguales, que la Tierra sea redonda y gire en torno al Sol,... ideas que después han parecido evidentes y constituyen parte inherente de las convicciones compartidas por la humanidad han sido durante mucho tiempo imposibles o impensables de sus estados actuales pasados. La igualdad de género constituye

uno de los grandes imposibles posibles, impensables pensados y realizados o realizables de nuestro tiempo, un gran reto actual de la humanidad. Cómo lo afrontemos determinará su estado futuro. Mas no es el único. Ahí tenemos, por poner ejemplos, para la Iglesia la autonomía de la realidad que proclamaba hace cincuenta años la *Gaudium et spes* cuyo cincuenta aniversario conmemoramos. Aquí tenemos el cuidado de la casa común afirmado como gran reto colectivo en la *Laudato si'*. No dar por evidente lo que los demás proclaman como tal, cultivar y ejercer el espíritu crítico, preguntar y preguntarse, atreverse a decir que el Rey está desnudo... ha determinado la evolución del estado de la humanidad. Cuánto y cómo lo hagamos hoy, que lo hagamos –todos y cada uno, cada una–, determinará cómo y dónde estemos mañana.

¿Quién dijo que todo está perdido?
Yo vengo a ofrecer mi corazón...

Al mirar hacia delante tras este viaje de reconocimiento por el estado actual de la humanidad, este intento de contribución al debate constitucional sobre la forma del mundo que nos reclama Sloterdijk, suena en mi interior la canción de Mercedes Sosa. Nada está perdido, si venimos a ofrecer nuestro corazón, y dejamos que la fuerza del amor guíe los pasos de la vida, y confiamos en ella.

No será tan fácil
ya sé qué pasa
no será tan simple
como pensaba
como abrir el pecho
y sacar el alma...

No será fácil escribir la obra. No será fácil interpretarla. No será fácil construir la nave espacial Tierra y guiarla destino futuro. No será tan fácil, no será tan simple. Habrá que repensar muchas ideas. Habrá que hacer muchas cosas. Habrá noches tristes y oscuras, en que las únicas estrellas serán la fe, el amor y la esperanza que nos brillan por dentro.

Habrá que repensar la Economía, el Derecho, la sociedad, el Estado, el sistema internacional y su organización, el contrato social, la educación o la ética. Repensarnos a nosotros mismos, el mundo y la vida, los valores, los paradigmas, los supuestos implícitos o explícitos...

No es tan fácil, no es tan simple. Como abrir el pecho y sacar el alma. Pero es posible.

Urgente dejar de vivir como orugas, pues ello nos lleva al colapso, a la destrucción. Urgente evitarlo. Urgente la metamorfosis. Entrar en la crisálida. Pero posible. Ahí están las ideas, los paradigmas, los valores.

Ideas y nuevos paradigmas, por ejemplo, sobre la paz como paz positiva, ausencia de violencia en la canalización de los conflictos consustanciales a la naturaleza y la sociedad humana; no solo directa, sino también estructural –ausencia de democracia y de desarrollo– y cultural. Paz como proceso, siempre en construcción. Dicen que en la antigua China se pagaba regularmente al médico para mantenerse sano siguiendo sus consejos, y que cuando uno enfermaba le dejaba de pagar hasta que consiguiera sanarle. La paz que necesitamos es la del médico chino.

O sobre la democracia, sobre la que hablábamos al referirnos al desfase político. No solo electoral, poliárquica, sino también social y ciudadana. No solo en el Estado, sino también en las instancias de gobernanza regional y global en construcción y a construir.

O sobre el desarrollo como libertad, como proceso de expansión progresiva de las libertades de que disfrutan los seres humanos fruto del incremento de sus capacidades, y la pobreza como privación de capacidades. Paradigma a la luz del cual la libertad se configura como fin primordial y medio principal para el desarrollo; el mercado como resultado al tiempo que medio para el ejercicio de la libertad a complementar desde el Estado con la creación de oportunidades para la equidad y justicia social; la democracia como parte esencial del desarrollo, tanto por su importancia directa en la vida humana relacionada con las capacidades básicas, entre las que procede incluir las de participación política y social, como por su papel instrumental para la expresión de las demandas de atención política y su papel constructivo en la conceptualización de las necesidades; la justicia responde a la expansión de las libertades sobre la base de la información, y no a la mera suma de la maximización de las utilidades de los

individuos; las libertades aparecen al tiempo como fin y medio esencial para el desarrollo; y el empoderamiento y agencia de las mujeres como factor esencial para el cambio social. La libertad individual se configura así como compromiso social, pues las capacidades de las personas dependen de la naturaleza de las instituciones sociales, responsabilidad del Estado y de la sociedad. Asumir, en definitiva, que desarrollar es un verbo intransitivo; y todos estamos en desarrollo.

Habrá que pasar, como nos dice Edgar Morin, del Estado del bienestar al Estado del bien vivir. De concebir la Sociedad Internacional como estado de naturaleza, a concebirla como contrato social. Habrá que pensar tantas cosas de un modo distinto, hacerlas de un modo distinto. Y no conformarse solo con la prosa de la vida, sino buscar también su poesía.

...como un documento inalterable
yo vengo a ofrecer mi corazón.
Y uniré las puntas de un mismo lazo,
y me iré tranquila, me iré despacio,
y te daré todo, y me darás algo,
algo que me alivie un poco más.
Cuando no haya nadie cerca o lejos,
yo vengo a ofrecer mi corazón.
Cuando los satélites no alcancen,
yo vengo a ofrecer mi corazón.
Y hablo de países y de esperanzas,
hablo por la vida, hablo por la nada,
hablo de cambiar ésta nuestra casa...

Sigue sonando la canción de Mercedes Sosa, y yo también quiero hablar de esperanzas al hablar de cambiar esta nuestra casa. Hablando de esperanza quisiera concluir este periplo, este intento de aproximación al estado actual de la humanidad.

¿Actual? Nos decía María Zambrano que no existe el presente; sino el presente del pasado, o la memoria, y el presente del futuro, o la esperanza. Tal es la metamorfosis: transformar la memoria en esperanza. Tal el sentido del presente. Todo presente, todo momento puede ser crisálida. De nosotros, de cada uno, depende hacerlo tal.

Esperanza de futuro, en el futuro, hacia el futuro; y esperanza de presente. De tantas cosas, tantas realidades que nos muestra la humanidad en su estado actual y forman parte de él. Como el setenta aniversario de las Naciones Unidas que cumplimos este año, los compromisos y avances que en su seno se han planteado y se plantean en la agenda y la procuración de los bienes públicos globales, como las próximas cumbres mundiales de desarrollo sostenible y de cambio climático. Como la realidad de la construcción europea –a pesar de la hora difícil que vive estos días en la Grecia que un día alumbró a Europa– como proyecto de paz, integración, desarrollo y derechos fundamentales compartidos, nueva entidad de gobernanza política y de construcción del Derecho y la actoría internacional. Como la reducción sustancial de la pobreza en el mundo y el ascenso global de las clases medias. Como tantas otras cosas que podríamos mencionar tras estos puntos suspensivos...

Nos dice Amin Maalouf en *Les identités meurtrières*:
«Para el ser humano, el destino es como el viento para un velero. El que está al timón no puede decidir de dónde sopla el viento, ni con qué fuerza, pero sí puede orientar su propia vela. Y eso supone a veces una enorme diferencia. El mismo viento que hará naufragar al marino inexperto, o imprudente, o poco inspirado, llevará a otro a buen puerto».

No podemos ciertamente decidir, en muchos aspectos siquiera prever, hacia dónde soplarán los vientos de la globalización o de la intolerancia u otras tempestades que nos traerá el futuro. Pero podemos adquirir la conciencia de que el barco en el que navegamos es el de la nave espacial Tierra; podemos aprender a navegarla, a ceñir las velas y conocer el viento y el mar, a cambiar el rumbo suavemente, evitar aproarnos a él o empopar bruscamente. Con la conciencia y la tranquilidad de que llegar a Ítaca es navegar hacia ella.

Un pequeño cambio de rumbo hoy, una definición del rumbo, puede hacer que mañana –cuando, por ejemplo, conmemoremos los cien años de la *Gaudium et spes*– esta conferencia que ahora concluye y tal vez entonces

siga navegando en el ciberespacio aparezca como un extraño testimonio de cómo eran las cosas cuando extrañamente vivíamos como orugas, o como un ignorado llamado a cambiar el rumbo cuando todavía resultaba posible.

Nos dice Sloterdijk en *Normas para el parque humano* que los libros y las obras que han ido conformando nuestro saber son cartas enviadas a los amigos –pues amigos son de algún modo quienes nos lean, amigos somos de quienes hemos leído–; cartas que responden a otras cartas anteriores y narran para posteridad el tiempo interesante que nos ha tocado vivir y sus lecciones. Tiempo acelerado, tiempo global cuya comprensión y aprehensión hemos intentado con la esperanza de escribir una carta, pronunciar una conferencia que meter en una botella y lanzar al mar en un acto de esperanza.

Toda carta, todo lo escrito o dicho ante o para el otro, inicia, al ser escuchado o al ver la luz de la letra impresa o de la pantalla del ordenador en la web, el viaje que realiza aquella encerrada en una botella por un náufrago en una isla desierta: no sabe a dónde va a llegar, ni a quién. Cada vez que empieza otra botella a flotar en el mar, el náufrago y la isla desierta pueden dejar de serlo. Cada vez que escribimos o hablamos zarpa una botella de la isla que somos, parte y se alumbra una esperanza.

No termina con ella el viaje, este viaje, sino empieza.

Nada está perdido: venimos a ofrecer nuestro corazón...

Índice

Presentación del II Simposio UNISES de Pensamiento Social Cristiano. José Sols Lucia, Manuel López Casquete de Prado ____ 7

ÁREA TEMÁTICA 1. El estado actual de la humanidad ____ 13

Conferencia
El estado actual de la humanidad. Manuel Montobbio ____ 15

Papers
Una llamada de la Iglesia: La necesidad y plausibilidad de una autoridad pública mundial. Eduard Ibáñez. M. Dolors Oller ____ 43

Hacia una democracia mundial: La idea de autoridad mundial en la Doctrina Social de la Iglesia. José Sols Lucia ____ 67

Introducing Ethical Characteristics in Microeconomic ACE Models. Raúl González Fabre SJ ____ 83

ÁREA TEMÁTICA 2. Antropología teológica. «A imagen y semejanza de Dios» (Gen 1,26) ____ 115

Conferencia
La antropología de *Gaudium et spes*. Mathias Nebel ____ 117

Papers
Desigualdad tolerable y desigualdad problemática en *Gaudium et spes*. José Manuel Aparicio ____ 151

Lógica del don e instituciones económicas. José Castro Cea ____ 155

El concepto de dignidad en el pensamiento social cristiano. Manuel López Casquete de Prado ____ 177

El papa Francisco y la economía civil: Una vía para el bien común en la economía global. Leonardo Becchetti, Massimo Cermelli ____ 187

Vida pública y teología: Sobre dos libros recientes de teología en Estados Unidos. Ricardo Aldana ____ 211

Common Good in Gaston Fessard: a new interpretation of *Gaudium et spes* teaching. Dominique Coatanéa ____ 231

Los principios de *Gaudium et spes* como base para una nueva forma de hacer empresa. Aida Llamosas ____ 235

Aportaciones de Michel Henry para la comprensión del ser humano. Jesús Tejada ____ 247

Personal Balanced Scorecard for Spiritual Bliss Jephte Olimpo Muñez ____ 255

ÁREA TEMÁTICA 3. La misión de la Iglesia. La alegría del Evangelio en el corazón del mundo ____ 283

Conferencia
La misión de la Iglesia en el mundo actual. Joaquín Perea ____ 285

Papers
La huella de Juan XXIII en la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Ildefonso Camacho SJ ____ 333

Les communautés chrétiennes comme lieu d'apprentissage de la dynamique du bien commun: une interprétation créatrice de la constitution pastorale *Gaudium et spes*. Dominque Coatanéa ____ 373

El lugar público de lo religioso en la sociedad actual Reactualización de un debate. Ignacio Sepúlveda ____ 381

La Iglesia y los problemas económico-sociales. Eba Gaminde ____ 393

Doctrina Social de la Iglesia y realidad macroeconómica: un intento de evaluación. Jabier Martínez ____ 405

ÁREA TEMÁTICA 4. La aportación de la universidad al humanismo ____ 431

Conferencia
El nervio humanista de la universidad. Josep Miralles SJ ____ 433

Papers
A new approach to higher education in business administration based in the promotion of justice and human dignity. Ricardo Aguado, Laura Albareda ____ 459

El itinerario formativo del maestro de religión como proceso de humanización. Andreu Ibarz, Mercè Cols, Ana-Eva Jarabo, Angel-Jesús Navarro ____ 473